

XVIII

UN PROCEDER DE HECHICERO

Respetuosamente saludado á su paso por las damas y servidores de la Médicis, atravesó el astrólogo los corredores del Hotel de Soissons y salió de él por la puercecilla que daba á la calle de los Dos Escudos, atravesando ésta en sentido diagonal para penetrar enseguida en el cuerpo de edificio medioeval de la casa maldita, utilizando la entrada particular del mismo.

Abou Nadarah estaba en su casa.

Un observador situado en lo alto de la torre de Ruggieri hubiera podido ver poco despues cómo una sombra atravesaba en silencio el patio interior de la casa embrujada y trasladándose del edificio de la época de Felipe Augusto al de gusto bizantino penetraba en este último, en el primer piso del cual, que daba vuelta hacia el pabellón de la calle del Gallo, el habitado por Fiamma, se encontraba el gabinete laboratorio de Salem-Kebir.

Las ventanas de dicho gabinete se hallaban herméticamente cerradas.

En él penetró el misterioso personaje, y su mano vacilante fué á aplicarse sobre una amatista que brillaba con luz fosforescente, como la de una luciérnaga. La lámpara pendiente del techo se iluminó en el acto con viva luz azulada.

A favor de esta claridad pudo verse entonces un armario abierto, repleto de trajes orientales de colores chillones, de gasas, velos, turbantes, caftanes, y albornoces. También alumbró la lámpara un lecho de reposo, una mesa maciza tallada en cristal de roca, un horno en el que el fuego conservábase sin consumirse, cubierto por una capa de ceniza, y un sin fin de objetos heterogéneos, todos relacionados con la ciencia hermética de los transmutadores de metales, de los buscadores de la piedra filosofal y del elixir de larga vida.

Brilló asimismo, con vivos reflejos, el cono entrante del muro que separaba el laboratorio de la cámara de Fiamma, y quedó visible un extraño desorden; viejos pergaminos entre frascos y botellas; puñales clavados en el lomo de libros polvorientos y respetables por su edad y volumen; collares de ámbar; copas cargadas de rutilante pedrería; bocalas, pedazos de mineral, polvos de varias clases, plantas desecadas, mil cosas más mezcladas, confundidas, en pintoresco y original desorden.

El primer gesto del hombre que acababa de penetrar en aquel caos fué para arrancar el velo que le cubría el rostro, quedando entonces á la luz los rasgos enérgicos

de un semblante que hemos visto ya, tal vez en los desfiladeros del Anti-Líbano, tal vez cubiertos por las anchas alas del sombrero que usaba el personaje de la amplia capa á quien vimos apostarse bajo el sobradillo de la casa de las Miñonas, y que hubo de asistir poco después á la escena de los preliminares del duelo célebre en el Prado de los clérigos.

— ¡Se acerca la hora! — murmuró aquel hombre con voz denunciadora de cansancio. — Años y más años llevo esperando este vencimiento, trabajando en la sombra por la renovación de la raza gangrenada por esa víbora de Italia, por la regeneración de la nobleza, por la manumisión del pueblo... Tan penoso trabajo, ¿tendrá, Señor, su recompensa? No es que quiera nada para mí, ¡oh, no! Si el hijo de Blanca encuentra al fin su nombre, si logra alcanzar el puesto que le es debido, me consideraré recompensado con creces... ¿Y quién, vamos á ver, podría oponerse á ello? ¿*El hombre de la cara robada?* Mi leonzuelo le ha probado ya que nada hay que le resista... como que ha llevado la locura heroica hasta el punto de libertar á Jacobo... ¡Jacobo! Este es precisamente el obstáculo; lo único que me causa temor... Era yo, yo solo, quien debía libertarle, y esto después de cumplida mi misión... ¿Cómo impedirle que proceda á su antojo ahora que está libre? Ese hombre es de una lealtad feroz, y puede interponerse, cegado por ella, entre los Valois podridos y mi obra purificadora. Sí, puede decirme: «Tú no irás más allá.» Malo será que tal suceda. Mi obra y mi venganza son más que su vida, más que la mía propia... Y pasaré,

iré hasta el fin, aun cuando para ello me sea necesario matarle. Nada hay que pueda detener mi brazo justiciero... ¡Pasaré!

Dejóse caer, desalentado, en una otomana y continuó monologando:

— Si yo vacilara, Blanca renegaría de mí en el fondo de su tumba... No, nada de vacilaciones; ¡adelante! ¡adelante! Tal es la ley del profeta, y tal es también la mía. ¡Al fin y al cabo yo soy Salem-Kebir!...

El hombre misterioso era Salem-Kebir. ¿Por donde había entrado en la casa, cuya puerta cochera, que ya conocemos, no había sido abierta? Su llegada coincidía con el paso de Abou-Nadarah por el patio, y la desaparición repentina de este último parecía legitimar la leyenda creada por la regatera viuda del deshollinador, de que los dos brujos no eran más que uno.

¿Estaba en lo cierto aquella mujer?

Acababa apenas de sentarse el físico del Canciller cuando en la puerta del patio resonaron tres golpes secos.

— ¡Una visita! — pensó extrañadísimo. — Es la primera vez que ocurre semejante cosa... ¿Quién será el osado que se atreve á molestarme?... Vamos á ver.

Ocultó de nuevo su cara con el velo de que se despojara al entrar, y fuese hacia la puerta. Al llegar á ella percibió claramente el murmullo de una conversación animada, sostenida fuera, en la calle de las Viejas Estufas.

Hizo entonces girar sobre sus goznes un postigo protegido por espesa rejilla de hierro, y miró á través de la misma.

Enfrente mismo de la puerta una dorada carroza obstruía el paso, mientras los lacayos procuraban en vano levantar los caballos que habían caído al suelo y que en él permanecían incapaces de levantarse por haberse enredado sus patas entre los tirantes.

Un paje tenía aún en la mano el llamador de la puerta, y un joven gentilhomme, censurando con acritud la incapacidad de su cochero, autor del accidente, tendía la enguantada mano á una dama para ayudarla á salir de la silla.

Apenas hubo distinguido el semblante del gentilhomme, Salem-Kebir se estremeció; y había en este estremecimiento tanto de sorpresa como de mal disimulada alegría.

— ¡Él! — gruñó sordamente. — ¡El cielo parece declararse en mi favor pues que me lo envía!

Y enseguida, con brusco ademán, descorrió los gruesos cerrojos, defensa de la puerta, abriendo ésta de par en par.

Su aparición puso término á las recriminaciones del gentilhomme, interrumpió el trabajo de los lacayos y puso en precipitada fuga al paje asustadizo.

— Señor, — dijo el joven con cierta impertinencia — si no ando equivocado, vos sois Abou-Nadarah, astrólogo y empirista de la reina Catalina...

— De ningun modo. Yo soy el médico del señor marqués Luis de Villequier.

— ¿Vos el físico Salem-Kebir? ¡Por mi fé! Graciosa es en verdad la equivocación; pero en fin, después de todo, poco importa. Sabed que la desdichada impericia

de mis cocheros ha sido causa de que mis caballos se caigan ante la puerta de vuestra casa. Los pobres animales se han enredado en los arneses, y aun tal vez están heridos, y por lo tanto en la imposibilidad de conducirme á la casa del maestro Ambrosio Paré á la que me dirigía para hacerme curar una cortadura que me molesta. Supongo que no tendréis inconveniente en reemplazar al cirujano hugonote ni en acordarnos breve hospitalidad á esta dama y á mí.

El mago contestó inclinándose.

— Estoy á las órdenes de monseñor.

— ¡Ah! ¿Me conocéis por lo visto?

— ¿Quién no conoce en París al grande, al poderoso señor de Armañac, duque de Saboya-Nemours, primer gentilhomme de la cámara del rey?

— Sí; la celebridad tiene sus inconvenientes; — observó muy serio el rey de los refinados.

Luego, por orden suya, la carroza fué desenganchada y llevada á un rincón del patio, mientras pajes y lacayos se alejaban conduciendo los maltrechos corceles, para volver cuanto antes con otros de refresco.

Una vez cerrada tras ellos la puerta, tomó el duque el brazo de su compañera.

— Ven, Ayela, — le dijo; — el señor va á indicarnos el camino... A propósito, señor Salem-Kebir, olvidaba presentaros á esta señora... Una negligencia de mi parte... La señora condesa de Givors.

El oriental se inclinó para responder:

— Desgraciadamente, mi religión se opone á que reciba en mi estancia una persona de sexo diferente al mío.

Rolando sonrió. Aquel hombre, enmascarado como un leproso, parecía altamente cómico con sus pretensiones de extraña castidad.

— ¿Eso quiere decir que vais á separarnos?

— Sí, monseñor, si persistís en vuestro deseo de entrar en mi casa.

— ¿Pero dónde va á ir?

— Al *charam* de Fiamma.

— ¿Vuestra... amiga, sin duda?

— No, monseñor; mi *vista lejana*.

— ¡Hum! En fin, vaya por « eso que decís », pero abreviemos á ser posible, porque mi cortadura se deja sentir más de lo conveniente.

Una vez que Ayela de Givors hubo subido la escalera que conducía á la cámara de Fiamma, en la que debía encontrarse con Isis la bella, Salem-Kebir llevó al duque hasta su gabinete y luego de hacerle sentar en una otomana púsose á preparar una mixtura que, según él, debía aliviar en gran manera á su cliente for-
tuito.

Lejos de sorprender á Rolando, la vista de los objetos acumulados en aquella habitación pareció interesarle vivamente. Uno por uno fué examinándolos todos, calculando su destino, dándose cuenta de su utilidad, admirando la forma de este ó criticando la de tal otro.

Mientras tanto, Salem-Kebir, sin perder de vista á su huésped, apresuraba su trabajo, y al cabo de algunos minutos fuese hacia el duque presentándole un vaso de calados bordes en el que humeaba un líquido oloroso.

Rolando hizo un gesto de repugnancia y quiso rechazar el recipiente.

— ¿Tenéis acaso la pretensión de hacerme beber ese brebaje? — preguntó extrañado.

— No, monseñor, — dijo el mago; — se trata tan sólo de que respiréis su perfume.

Sea por incredulidad, sea por desconfianza, el joven quiso apartar de nuevo el vaso, pero no llegó á completar su movimiento.

Parecióle que sus párpados se negaban á permanecer abiertos, y la pesadez que en ellos observaba coincidió con un movimiento de dilatación de su pecho y narices, que parecían desear absorber la mayor cantidad posible de las arrobadoras emanaciones que se desprendían del recipiente y que procurábanle un gran consuelo acompañado de ciertos síntomas precursores de una embriaguez extraña.

Era tal la beatitud absorbida, que ésta anulaba en él la facultad de razonar exactamente, de comprender que se entregaba por completo á su misterioso curandero como no se apresurase á reaccionar, á libertarse con rapidez del dulce y vertiginoso apremio.

— Pues señor, — murmuró casi sin saber lo que decía, — este individuo no es un cualquiera... Con seguridad que Phtah no conoce el secreto de este olfativo regenerador.

Sintió de pronto como una contracción nerviosa, y exclamó colérico:

— ¡Ventre del diablo! Dijérase que este insensato se propone dormirme.

Temiéndolo así, trató de levantarse; pero allí, junto á él, encima de él casi, estaba el mago dominándole, y á Rolando le pareció ver cómo dos lenguas de fuego, atravesando el velo que cubría aquel rostro desconocido, se introducían por sus propias órbitas hasta el fondo de su cerebro; y entonces, dominado, aniquilado, vencido, se dejó caer sobre los almohadones.

Un rictus mefistofélico contrajo entonces el invisible rostro de Salem-Kebir.

— Ahora, — murmuró con voz en la que advertíase un odio terrible, — ya eres mío, completamente mío, maldito ladrón, hijo de la mujer endemoniada. Eres mío, y voy á poder hacerte confesar cuanto aún ignoro; todo lo que quiero saber; el secreto de tu infame parecido con el hijo de Blanca, el secreto de los procedimientos de la reina de las gipsias.

Salem-Kebir hablaba en voz alta, como seguro de que no podía ser oído.

Sabiase en efecto dueño absoluto de la materia inerte que yacía en la otomana y que no debía animarse más que para obedecerle.

De pronto abrió la mano, y de ella se escapó el recipiente de calados bordes que se hizo añicos en el suelo, desparramándose el líquido que contenía, el cual, después de burbujear un momento, corroyó ligeramente las piedras.

Libre ya de sus movimientos extendió el mago sus brazos hacia adelante, en la dirección de la frente de Rolando, con el gesto dominante é imperioso que

vimos ya iniciar al cautivo de Vincennes cuando éste último hipnotizaba á Glorieta la muda.

La frente del gentilhombre pareció hundirse al peso del fluido provocado por los pases.

— ¿Duermes? — preguntó el oriental.

— Duermo.

— ¿Puedes contestarme?

— Sí.

— ¿Quieres hacerlo?

— No.

Preguntas y respuestas sucedíanse con gran rapidez.

— ¡Ah! tú hablarás, miserable; — dijo el mago.

Y para dominar sin duda la rebelión de su sujeto, por tres veces distintas lo aplastó con nuevos pases terribles.

El otro gemía, retorciase, pero continuaba callado.

— ¡No, no conseguiré nada! — exclamó al fin Salem-Kebir levantando el velo que le cubría para enjugar el copioso sudor que inundaba su frente. — La fuerza de resistencia de este bandido es superior á cuanto pueda imaginarse... ¡Ah, si mi hermano Jacobo estuviera aquí! Él ha debido continuar estudiando los arcanos de este gran problema, y si así lo ha hecho debe ser un maestro, un verdadero maestro... ¿Cómo conseguir lo que deseo, señor? ¿Cómo arrancar á ese cerebro el misterio que se obstina en guardar?... ¡Ah, Fiamma! Voy á dormirla, la pondré luego en comunicación con éste, y haré que me revele lo que él se obstina en ocultarme... lo que quiero, lo que debo saber antes de soltarte.

Tomada su resolución fuese derecho hacia el muro medianero é introdujo el extremo de su dedo índice en cierta pequeña cavidad que debía accionar una puerta disimulada, pero no llegó á hacer lo que sin duda se proponía.

Al pasar bajo la abertura del pabellón plateado, hubo de llegar hasta sus oídos el rumor de una conversación animada. Entonces, sorprendido, retrocedió algunos pasos, y este movimiento lo llevó cerca de una de las ventanas, observando entonces otro rumor que llegaba de la calle.

— ¿Qué significa esto? — pensó. — ¿Cómo pueden hallarse tan pronto de vuelta las gentes del duque que fueron á buscar nuevos caballos?

Con mucha prudencia entreabrió una de las maderas del balcón y miró lo que ocurría fuera. Vió entonces que crecido número de soldados, arqueros y arcabuceros ocupaban toda la calle de San Honorato, y parecían vigilar la del Gallo.

— Esas gentes, — se dijo el mago — deben buscar á algún calvinista; cuanta más libertad de conciencia se promete á los protestantes más encarnizadamente los persiguen... Lo que no sé es porqué miran hacia aquí esos imbéciles. ¿Se habrá refugiado en mi casa el fugitivo? ¡Bah! Es imposible. ¿Por dónde había de introducirse?... Aunque quién sabe... no he oído hablar hace un momento en el cuarto de Fiamma? Sí, sí, hay que ver...

Salem-Kebir volvió entonces á la boca del pabellón, contra la cual aplicó el oído.

Este instrumento era una especie de tubo acústico amplificador, cuya extremidad opuesta á aquella en que el mago aplicara el oído, es decir, el receptor del aparato, se abría en el cuarto de Fiamma, quedando oculta por las cortinas.

Apresurémonos á decir que el sabio físico no lo había instalado con intenciones de ejercer el espionaje, sino para ser advertido en el acto de cualquier peligro que pudiera amenazar á la joven á fin de poder acudir en su auxilio aun sin necesidad de que ella misma le llamase.

Apenas había aplicado la oreja al amplificador cuando el oriental hizo un movimiento de sorpresa que no le fué dado reprimir.

— Esa voz — dijo — es la suya, sí, ¡la suya!... ¿Cómo mi corazón no me ha advertido de su presencia en este sitio?... Por lo que oigo, le han herido... y es Fiamma quien lo cuida... Fiamma y esa condesa de Givors, sin duda... ¿Traicionará á su amante la tal condesa? — añadió mirando de reojo á Rolando insensible. — Tal vez sí... para seguir la fortuna de Bernardo... ¿Qué es lo que él cuenta? ¡Ah! es su propia historia, la nuestra mejor dicho... Escuchemos.

Era aquel en efecto el momento en que, no resintiéndose de su herida, y una de sus manos unida á las de su enfermera, comenzaba Sed de Amor el relato de sus aventuras.

Salem Kebir permaneció inmóvil ante el aparato sonoro durante todo el curso de la larga narración, compartiendo las impresiones de los oyentes que rodeaban al narrador, sufriendo de los sufrimientos

evocados por Bernardo, pareciendo asimilarse sus angustias, rehacer mentalmente los trayectos de que hablaba, precediéndole algunas veces, por saber ya de antemano lo que iba á decir el caballero.

Así transcurrió casi toda la tarde.

Sólo de vez en cuando concedía una mirada á la forma humana postrada, inmóvil en la otomana.

Preocupado como estaba, viviendo otra vida, no tenía conciencia de la huida del tiempo, y por eso no se le ocurría extrañarse de que habiendo transcurrido seis horas desde que ocurriera el accidente al coche del duque Rolando, los lacayos de éste no hubiesen regresado aún con caballos de recambio.

De pronto oyó una voz de alarma — la primera lanzada por Cortomontel — y se turbó.

¿Cómo era posible que, no obstante la real promesa y á pesar de la protección del Canciller, se atreviese nadie á atacar su domicilio?

No pudiendo dar crédito á lo que oía, volvió á la ventana, y pudo entonces cerciorarse de que la duda no le era permitida.

La penumbra del crepúsculo inminente no impedía la vista de un hormiguero de hombres de armas que se extendía por los alrededores de la casa maldita, como cercándola. Vió además escalas y fajinas, y reconoció al capitán de Bervic, á algunos miñones del Luvre y á un heraldo de armas.

Era indudable que toda aquella tropa, una vez hechas las intimaciones de ordenanza, procedería al asalto de la casa.

— ¿Y todo para qué? Para apoderarse de un pobre muchacho herido. ¡Que indignidad y qué vergüenza!

— ¡Pero no, no lo capturarán! — dijo resuelto el mago. — Aquí estoy yo para darles una lección.

Con semblante iluminado y orgullosa sonrisa fué á cubrir con una colcha el cuerpo de Rolando. Dió luego media vuelta á la amatista, con lo que la luz de la lámpara pasó del azul al verde, colocó de nuevo en su cabeza el velo opaco que ocultaba su rostro, y en un ángulo de la estancia tomó tres cosas no muy temibles á primera vista; un palo largo, achatado en uno de sus extremos, una serie de tubos de bambú, y un saquito en el que se contenían ampollas de vidrio, ocultando todo esto entre los pliegues de su manto.

Ocurriósele entonces la idea de ir á ver si los asaltantes habían invadido asimismo la calle de las Viejas Estufas. En ella sólo vió tres mujeres de las cuales reconoció dos: la condesa Ayela de Givors é Isis la bella. ¿Cuál era el objeto de aquellas mujeres, y por qué se encontraban allí? ¿Hallábanse animadas de buenas ó de malas intenciones?

En la duda, Salem Kebir quiso creer en una posible bondad, y accionó una cadena que abría y cerraba la puerta desde lejos.

Luego, convencido de que habían entrado, seguro de sí mismo, sin apresuramientos, fué á introducir el dedo en la cavidad de que antes hablamos, que accionaba la comunicación secreta con la cámara de Fiamma, recobró su puesto ante el embudo acústico, y en esta posición esperó.

Durante el tiempo empleado por el físico para hacer lo que dicho queda, habíanse precipitado los acontecimientos, tanto en la calle como en la habitación de la joven, y las primeras palabras que llegaron á oídos de Salem Kebir, fueron las pronunciadas por las tres mujeres al entrar para suplicar á Bernardo que huyese.

Bien había hecho de abrirles las puertas; sus intenciones no eran culpables.

La respuesta de Sed de Amor, su indiferencia ante el peligro, le hicieron sonreír; luego se entusiasmó al adivinar que con una acción de gaucho habíase apoderado del pergamino conteniendo la orden del rey. En cambio cuando oyó la orden « encended las mechas » tuvo un ademán de amenaza.

Sin embargo, no se movió. ¿Qué esperaba para proceder?

Sin duda el llamamiento de Fiamma.

El grito de la joven le hizo en efecto salir de su reserva.

Semejante al *Deus ex machina*, apartó entonces el muro, mostrándose aureolado de luz verde.

Tal aparición semifantástica fué saludada de modo diferente por cada una de las personas reunidas en el cuarto de Fiamma.

— ¡El maestro! — gritó la joven cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

Sed de Amor se volvió para examinar al maestro evocado por su gentil enfermera; Cortomontel y Matraca retrocedieron, tratando ambos de ocultarse; Isis la bella y Reinalda se abrazaron ya tranquilas, la con-

desa pareció también animarse, y casi simultáneamente se oyeron estas exclamaciones, reveladoras de los diferentes estados de alma:

— ¿Ventre papa! un hereje que tiene buen aspecto.

— ¡El demonio! ¡Válanos la divina misericordia!

— ¡El hombre del cadáver!

— ¡El buen mago!

— ¡El señor Salem-Kebir!

Muchos de los que se encontraban en la calle habían podido distinguir la silueta del nuevo personaje perfilándose en el fondo luminoso, y no eran pocos los mosquetes que temblaban entre manos mal seguras. Una palabra, una palabra terrible corría de boca en boca:

— ¡El brujo! ¡El brujo!

Salem Kebir, los brazos cruzados sobre el pecho, permaneció un momento inmóvil; el tiempo necesario para dejarse ver bien y juzgar por sí mismo de la situación. Luego, ajeno al parecer á la impresión por él producida, sin inquietarse ante la perspectiva de servir de blanco á los arcabuceros, marchó hacia la ventana.

Al pasar junto á Ayela, la preguntó casi sin mover los labios:

— ¿Y el paje y los lacayos del duque de Saboya-Nemours?

Enrojeció la condesa y contestó en el mismo tono:

— Me ha parecido obrar cuerdamente dirigiéndome al Louvre, señor. He dado orden de suspender el envío del tiro de recambio.

— Feliz inspiración en efecto, que se os tendrá en cuenta, señora... cuando os halléis fuera de aquí;

porque vais á salir ahora mismo. Arreglaos como podáis para correr á casa del duque y prevenir á sus servidores que la carroza de su amo, enganchada gracias á mí, continuó su ruta, pero que ha sido atacada en el camino de la Ville l'Eveque, entre las colinas de San Roque, donde podrán encontrarla.

Llegó después frente á Sed de Amor, y con rápido é imprevisto movimiento arrancó de sus manos el pergamino arrebatado poco antes al heraldo de modo tan singular, y asomándose enseguida á la ventana, apareció, arrogante, en el marco de la misma.

— ¡Tirad! ¿Pero qué esperáis para tirar? — gritó Quelus.

— ¡En nombre del rey! — comenzó á decir el capitán Bervic.

Pero Salem Kebir no le dejó acabar.

— En nombre mío, — dijo — que nadie acerque su mecha á la pólvora.

— ¿Por qué? — preguntó Saint-Megrin.

— Porque el primer tiro disparado desde la calle será el golpe de muerte de monseñor el duque de Nemours que se encuentra en mi casa.

Hubo un momento de estupor al oír estas palabras. Luego gritó una voz:

— ¡El infiel se burla de nosotros!

— Ha dicho la verdad; — gritó Ayela mostrándose á su vez en la ventana.

Como se comprenderá, la intervención de la amiga de Rolando aumentó la sorpresa producida por las palabras del mago.

La condesa de Givors era demasiado conocida de todos; nadie podía dudar de que era ella la que acababa de ratificar lo dicho por Salem-Kebir. Su presencia en aquella casa debía coincidir, en concepto de todos, con una visita del duque Rolando al físico del Canciller, visita que, después de todo, nada tenía de particular.

En fin, acallado un poco el tumulto, Bervic pudo hacerse oír.

— Entregadnos, — dijo al mago — al felón que por sorpresa se ha introducido en vuestra casa, y nos retiramos en el acto.

— ¡Mi casa es lugar de asilo, capitán!

— Lo era: pero su majestad acaba de decidir lo contrario, si se da el caso de que resistáis al cumplimiento de sus órdenes.

— Está muy bien; me resigno...

— ¿A entregarlo?

— No: á retenerlo en mi poder.

— ¡Ah, traidor! — gritó Libarot. — Te juro que has de pagarnos caro ese ultraje.

Y volviéndose hacia dos soldados mercenarios:

— ¡Fuego sobre ese hombre! — les gritó.

Los dos intimidados se disponían á obedecer.

— ¡Desgraciados! — dijo con voz estentórea Salem-Kebir, describiendo un terrible molinete con el palo que hasta entonces tuviera escondido bajo su manto. — Puesto que un ejemplo se hace necesario, mirad pasar vuestro destino.

En el momento mismo en que las mechas iban á

tocar las cazoletas de los arcabuces, abandonado el palo á su propia impulsión, atravesó zumbando la calle en toda su anchura, chocó contra la pared frontera y rebotó precipitándose sibilante como una víbora sobre los tres hombres á quienes Salem se proponía castigar, y luego de haberlos herido sucesivamente, volvió á caer, inerte, en el balcón.

— ¡ Muerte de mis huesos! — dijo Sed de Amor entusiasmado. — Que sean hombres ó que sean jaguares, nada hay que resista al bumerang.

Adelantándose entonces hacia el oriental y tendiéndole la mano, añadió:

— ¡ Salud y larga vida, señor Bar Cobral!

Absortos, extrañadísimos, Matraca y Cortomontel repitieron como si no creyesen lo que oían:

— ¡ Bar Cobral!

— ¡ Es Bar Cobral, barón!

— ¡ Silencio! — dijo Salem-Kebir rechazando al imprudente caballero; — dejadme que termine.

La emoción en la calle era intensísima. Acabábase de observar que los dos mercenarios tenían rota la nuca, y que á Libarot le faltaba una oreja, la izquierda, cortada por el terrible bumerang como con una hoz. Y por lo que pudiera ocurrir, los demás mercenarios iban escurriéndose hacia las calles inmediatas, impulsados por sabia prudencia.

La rabia ahogaba á Bervic.

— ¿ Cuáles son vuestras condiciones? — preguntó en voz alta.

— Helas aquí, — dictó Salem-Kebir. — Permitiréis

la salida de mi casa al señor duque, á la señora condesa y á sus servidores; proporcionaréis antorchas y caballos á dos de sus lacayos, y consentiréis en que Fiamma, mi protegida, pueda ocupar un sitio en su carroza...

— ¿ Eso es todo?

— Todo.

— Pero ¿ y el caballero á quien tenemos orden de conducir al Chatelet? — preguntó Bervic.

— ¡ Ah! Por lo que respecta á ése, queda en mi casa. Recordad que tengo derecho de alta y baja justicia en este recinto. Quiero decir con ello que procederé con el felón mejor y más prontamente de lo que lo haría el señor Prevoste de París.

— ¿ Lo haréis desaparecer?

— Tal es, en efecto, mi intención.

— ¿ Por el hierro ó por la cuerda?

— El fuego lo purifica todo. Os aseguro que he de encender en su honor tal hoguera, que sus llamas se verán desde muy lejos.

Era de tal modo feroz el acento empleado por el mago al pronunciar estas palabras, que no obstante su bravura, el capitán Bervic se estremeció.

Hubo entre él y los miñones un corto conciliábulo. Terminada la consulta, el capitán dijo al mago, siempre desde la calle:

— Señor Salem, estos gentileshombres y yo somos de parecer de que conviene dejaros proceder con arreglo á lo que para el mejor servicio del rey os dicte vuestra conciencia. Libres quedan las personas que habéis

nombrado. Cuanto á lo demás, aquí esperaremos hasta que quede hecha justicia.

Apenas pronunciadas estas palabras, las maderas de la ventana se cerraron con estrépito, aislando del exterior á cuantos se encontraban reunidos en el cuarto de Fiamma.

Entonces Salem-Kebir los llevó en silencio á su gabinete. Una vez en él les explicó su plan en pocas palabras, dictó á cada uno su deber luego de repartir los papeles de la comedia que iba á representarse, y hecho todo esto abrió un cofre repleto de trajes diferentes.

Quedó el laboratorio del alquimista convertido en vestuario teatral, y fué testigo mudo de rápidas y singulares transformaciones.

Cortomontel se convirtió en un cochero de gran prestancia y Matraca en irreprochable lacayo. Isis la bella y Reinalda, ocultas tras una cortina, despojáronse de sus vestiduras femeniles y en un periquete quedaron transformadas en deliciosos pajes.

Entonces, levantando de un tirón la colcha bajo la cual continuaba Rolando su sueño forzado, el mago se apoderó de su emplumada toca de veludillo, de la sobreveste y del manto, y cubrió con todo ello el busto y la cabeza de Bernardo de Arma.

Todos al verle quedaron admirados. El duque Rolando revivía en la persona del caballero.

Muy pocos minutos después abríase de par en par la puerta recayente á la calle de las Viejas Estufas y por ella salía la carroza del de Nemours, tirada por Djaulia. En el pescante, Cortomontel, desconocido, guiaba, altas

las manos, como si en su vida hubiera hecho otra cosa, y cerca de él, un poco más baja, iba Fiamma envuelta en un jaique. En la trasera se acomodaban los falsos pajes y lacayos.

La calle de las Viejas Estufas, antes desierta, aparecía ahora rebosante de gente armada, pues el estado mayor de los asaltantes había dado vuelta á la manzana para presenciar el éxodo de los sitiados.

— ¡A las portezuelas! — gritó Bervic. — No sea cosa de que nos engañe ese descreído...

Y dos miñones, uno por cada lado del coche, se lanzaron á los estribos del mismo.

— Señor de Saint-Megrin, — dijo alegremente la condesa Ayela golpeando con el abanico los dedos del que se presentaba de su lado, — pensad que nuestro único caballo lleva ya bastante peso. ¿No tendríais las monturas indispensables para nuestros pajes? Creo que con un poco de buena voluntad de parte vuestra...

— ¡Atrás, canalla! — gritaba al mismo tiempo una voz que era la propia voz del duque de Nemours. — ¿No veis que salgo de las calderas de Satán? ¡Necesito aire, aire!

La propia voz se dulcificó de pronto :

— Pero ¿qué veo? el querido vizconde de Arque... ¿Qué demonios haces aquí, en el estribo, amigo Joyeuse? Joyeuse y Saint-Megrin se retiraron riendo.

— ¡Es mucho Rolando ese! — dijo el uno.

Y el otro añadió :

— El rey de los refinados en todas las circunstancias de su vida.

Dos eran las personas que ocupaban los almohadones de la carroza : Ayela y Sed de Amor.

Pero entonces, se preguntará el lector; ¿dónde estaba el duque de Nemours?

No iba muy lejos; cuidadosamente oculto bajo la banqueta, seguía durmiendo como un bendito.

Cuando, provistos de antorchas, Isis y Matraca fueron subidos á dos caballos prestados por los guardias, tomó el cortejo la dirección de la puerta de San Honorato, y entonces gentileshombres y soldados levantaron sus sombreros y aun lanzaron un ¡viva! entusiasta en honor del gran favorito libertado.

Luego esperaron, preguntándose con ansiedad de qué diabólicos procederes iba á usar el brujo para llevar á ejecución su promesa. Era creencia general la de que ordenaría á los elementos destructores que acudiesen en su auxilio. Sin embargo, los más pesimistas no lograron ni aun prever el aterrador espectáculo de que iban á ser testigos.

Un calofrío de espanto corrió de pronto por la espalda de los más bravos. Un haz inmenso de llamas, acompañado de relámpagos y detonaciones formidables, salió de la casa maldita elevándose hacia el cielo con tan extraordinario poder lumínico que el barrio todo quedó alumbrado como en pleno día, viéndose los arqueros precisados á taparse los ojos para no cegar.

Luego, simultáneamente, una porción de bombas estallaron en todas direcciones, dejando escapar algunas acres vapores irrespirables y otras una verdadera nube de estrellas, cada una de las cuales convertíase

en lluvia de chispas apenas puesta en contacto con los vapores.

Cuando bruscamente la obscuridad más profunda se hizo de nuevo, dejáronse oír temerosos siniestros lamentos, luego voces ensordecedoras.

Entonces se apoderó de todos los que esperaban un terror pánico. Fué aquello una desbandada general, que se convirtió en fuga lamentable, precipitada y vergonzosa cuando de lo alto de la torre, que hubiérase dicho transparente, semejante á colosal esmeralda verde, precipitáronse serpenteando cascadas de fuego que llegaban sibilantes á introducirse entre las filas de los soldados alocados.

Y mientras que Catalina de Médicis contemplaba asustada el espectáculo tras una ventana de su Hotel de Soissons, mientras que el espanto producido por la temerosa y sobrenatural manifestación contagiándose rápidamente llegaba hasta el Luvre é invadía todo Paris; mientras que reunidos á instancias del conde de Entragues los miñones del duque de Guisa pensaban en acudir en socorro del caballero de Arma; mientras que el falso marqués de Villanueva-Marsan preparábase á cenar luego de haberse reconciliado con su esposa, y que el misterioso visitante del corredor secreto compartía con el perro el gígote robado á la vieja Francisca y que Glorietta, llevada por su padre al castillo de Chaumont, estaba á punto de convertirse en víctima de los experimentos de Phtah Mansour, reina de las gipsias; mientras que en fin escenas tan diferentes se desarrollaban en sitios muy distantes los unos de los otros,